

él. Aun hizo mas por dar gusto á su ama: vino á buscar, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: bien ves, Diego, me dixo, que no podemos excusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es necesario absolutamente que esta dama te vuelva á ver: de otra manera nos exponemos á que haga alguna locura que perjudique á su reputacion. Yo no me hice de rogar. Respondí á Marcos que iria á su casa asi que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta buena noticia. Hizolo así, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y de oírme aquella noche.

Pero faltó poco para que un accidente pesado no la hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anocheado, y por mis pecados era la noche muy obscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá habia andado ya la mitad del camino, quando desde una ventana me regalaron de pies á cabeza con cierto agua va, que lisongeaba poco al sentido del olfato. Viendome en tal situacion no sabia que partido tomar. Volverme á mi casa era exponerme á las pesadas zumbas y molestas caraxadas de los otros mancebos compañeros míos: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipage no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ganar la casa del Médico, persuaddio á que encontra-

ria

ria á Marcos en la puerta, y que todo se remediaría, ántes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué asi: encontréle que me estaba esperando á la puerta, y luego que me vió me dixo que el Doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir muy á nuestra libertad. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme bien el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar donde me estaba esperando su ama. Apénas oyó esta Señora mi puerquísima aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en expresiones del mayor dolor, como si fuera la mas funesta desgracia que me hubiese sucedido; y despues, apostrofando á la puerca que me habia acomodado de aquella manera, se desfogó echándola mil maldiciones. Señora, la dixo Marcos, moderad esos furoros, considerad que todo fué un puro efecto de la casualidad, y no conviene mostrar tan vivo resentimiento. ¿Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se hizo á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni siquiera ha alentado una queja por el ultrage que recibió? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle por mis propias manos! Otras mill cosas dixo, pruebas todas de la vehemencia de su amor, que digualmente acreditó con las acciones, porque mientras Marcos

-TOM. I.

BB

me

me estaba limpiando, Marcelina corrió á su cuarto, traxo una caxita llena de perfumes y aromas; quemó cantidad de estos, zahumó todos mis vestidos, y los aspergeó con quintas esencias en abundancia. Concluido el zahumero y el aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina, y me traxo pan, vino, y algunos bocados de carnero asado, que habia separado en la mesa para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, ya me daba de beber, á pesar de quanto Marcos y yo podíamos hacer y decir para que no se abatiese á semejantes demostraciones. Concluida la cena, los músicos templaron los instrumentos y las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó encantada de oirnos. Es verdad que de propósito escogí ciertos cantares patéticos, y ciertas letrillas amorosas que lisongeaban su corazón; y debo confesar que mientras cantábamos, de quando en quando lanzaba hácia ella unas ojeadas lánguidas y tiernas, que añadían mucho fuego á las estopas, porque verdaderamente ya me iba gustando el juego. No me cansaba el concierto, aunque ya duraba mucho. Por lo que toca á la dama las horas la parecían momentos, y de buena gana se hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los momentos se le hacían semanas, no la hubiera advertido que ya era muy tarde. Dexóselo decir mas de diez veces; pero

daba con un hombre duro y cabezudo, que no la dexó respirar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y vió á su amata tan ciegamente apasionada, temia que nos sucediese algun mal lance. El efecto justificó su temor; porque el Medico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospechas, y á dudar de algun enredo, ó ya porque el diablillo de los zelos, que hasta entonces le habia respetado, quiso probar á inquietarle, comenzó á no gustar de nuestras músicas. Hizo mas: nos las prohibió absolutamente, y en tono de amo, que queria ser obedecido sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no sufriria jamas que se admitiese en su casa á ningun forastero.

Avisóme Marcos de esta resolucion, que hablabá tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entónces me mortificó mucho, porque me hacia perder las dulces esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel revés de la fortuna. No así Marcelina, cuyo dolor fué mucho mas vivo. Querido Marcos, dixo al escudero, de tí solo espero algun alivio: haz todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á mi Diego. ¿Qué es lo que Vmd. me pide, señora, la respondió colérico? demasiada condescendencia he tenido con Vmd. No, no quiera Dios que por scmen-

tar una insensata pasión contribuya yo al deshonor de mi amo, á la pérdida de vuestra reputación, y á mancharme á mi mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel, y de una conducta irreprehensible. Antes dexaré la casa que mantenerme en ella para hacer un papel tan indecente y vergonzoso. ¡A Marcos, replicó la dama asustada de estas ultimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazon quando hablas de retirarte. ¡Pues que! ¡piensas cruel abandonarme, despues que tú me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo, y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenções. Tú, tú estragaste mis costumbres quando pretendias enmendarlas. . . . Pero ¡qué es lo que digo, desdichada de mí! ¡A qué fin darte en cara con tan injustas quejas! No, amado padre, no, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso por Dios de las necias palabras que se me escapan. Mi dolor me ha trastornado el juicio; compadécete de mi debilidad. Tú eres mi único consuelo, y si te es cara mi vida no me niegues tu asistencia.

Al

Al decir estas palabras redobló el llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse el rostro, y se dexó caer sobre una silla, como una persona que no puede resistir al peso de su aflicción. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan tierno. Sintióse vivamente penetrado, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndola lleno de ternura: ¡Ah, señora, y que atractivo es el vuestro! No me admiro ya de que el amor haya tenido fuerza para haceros olvidar vuestro deber, quando la compasion la ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprehensible conducta, se sacrificó buenamente á la pasión de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo que habia sucedido, y me dixo que tenia pensado ya modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oídos una novedad tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Miétras me disponia á rasurarle me dixo: señor Diego, ¿cómo le va á Vmd. con su amigo el viejo escudero Marcos Obregon? ¿Ya sabrá Vmd. que está para ser despedido de casa del Doctor Oloroso? No por cierto, le respondí. Pues

sé-

sépallo Vmd., me replicó, y no dude que la cosa es muy cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban ahora de tener una conversacion, á que me hallé presente, en la qual dixo el primero al segundo: señor boticario, tengo que hacerle una súplica. No estoy satisfecho con el viejo escudero de Marcelina, y en su lugar quisiera una dueña fiel, adusta y vigilante, que fuese guardia de mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo: sin duda que tiene Vmd. necesidad de la señora Melancia, que fué el angel custodio de mi difunta esposa, y aunque há seis semanas que enviudé todavia la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero con gusto se la cedo á Vmd. por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su frente y de su cabeza. Es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexô débil. Doce años enteros estuvo en casa, y siempre sin perder de vista á mi muger, que, como Vmd. sabe, era moza, y nada fea. En tan largo tiempo no se vió en mi casa ni aun la sombra de un galan ni pisaverde. Si por cierto: buena era la dueña para sufrirlo. En aquella materia no entendia de chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de conversaciones y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin es un

tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor Doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero. Esta noticia que tuve por cierta, como con efecto lo era, turbó las ideas de todos los buenos ratos que yo me habia figurado ya: y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanécérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dixo: estoy contentísimo de que el Doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestras, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, ne-cesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo que me veo libre ya de estos cuidados, y sobre todo de los remordimientos y peligros que los acompañaban. Por lo que toca á tí, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentaneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, resesustos y riesgos, ademas de la ofensa de Dios. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo (lo confieso) de aquellos amantes obstinados que hacen vanidad de lu-  
char

char contra todos los impedimentos; pero aun quando lo fuera, la señora Melancia dexaria bien burlado mi empeño y mi obstinacion. El carácter de que suponian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas obstinados y mas atrevidos. Con todo eso, y no obstante los colores con que me la habian pintado, no dexé de entender, dos ó tres dias despues, que habia tenido maña para adormecer á aquel Argos, faltando á su fidelidad. Salia yo una mañana de casa para rasurar á cierto vecino, quando una buena vieja se llegó á mi, y me preguntó si era yo el señor Diego de la Fuente. Respondíle que sí, y ella me replicó, pues la Vmd. venia yo buscando. Naya su merced esta noche á la puerta de Doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Y bien, la repliqué yo: es preciso que quedemos de acuerdo en la señal que he de dar. Yo sé remedar el gato á maravilla, y miahuillaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso en el postillon del amor. Voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de Vmd. y señor Diego: el cielo le conserve. O que mozo tan galante! A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otras. Diciendo esto se desvió de mí aquella dueña tan adusta y vigilante. me Agitéme furiosamente este mensaje, y allá se fué toda la moral de Marcos. Esperé con impaciencia la noche, y quando me pareció que ya estaria durmiendo el Doctor Olofo me en-

caminé hácia su puerta. Allí dí principio á mis miahullos, que podian oirse de léjos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado el idioma de los gatos. Un momento despues vino Marcelina en persona á abrimme la puerta, y á cerrarla luego que estuve dentro. Llevóme á la sala donde habiamos tocado el último concierto. La alumbraba una lamparilla que habia junto á la chimenea, comunicando al quarto una luz muy escasa. Sentámonos uno junto á otro, pero entrambos grandemente agitados y conmovidos, con esta diferencia, que en Marcelina el gusto era la causa de toda su comocion, y en mí la ocasionaba el sobresalto y el temor. Vanamente me aseguraba mi princesa que nada teniamos que temer por parte de su marido; porque yo sentia en todo mi cuerpo un temblor que turbaba mi alegría. Madama, la pregunté, ¿de qué arbitrio se valió Vmd. para burlar la vigilancia de su nueva dueña? En fuerza de lo que oí decir de la señora Melancia no me pareció posible que lograrse jamas tener noticia de Vmd., y mucho menos de vernos donde nos vemos. Sonrióse Doña Marcelina al oirme hablar de esta manera, y me respondió prontamente: dexarás de admirarte de esta visita tan reservada y secreta quando yo te cuente todo lo que ha pasado entre la dueña y entre mí. Luego que entró en casa la hizo mil finezas mi marido, y me dixo: Marcelina, yo te entrego enteramente á la direccion de esta discreta muger.

ger, que es un compendio de todas las virtudes: un espejo que debes tener siempre delante para mirarte en él y arreglarte á su modelo. Esta admirable matrona gobernó por espacio de doce años la muger de un boticario amigo mio; y la gobernó de manera que hizo de ella una santa.

Este elogio, que no desmentia la adusta y severa traza de Melancia, me costó muchas lágrimas, y faltó poco para que me desesperase. Representáronseme inmediatamente las enfadosas lecciones que tendria que oír desde la mañana hasta la noche, y las insufribles reprehensiones que habria de tolerar. Con esto me consideraba la muger mas desgraciada del mundo. Poseida de tan tristes pensamientos atropellaba por todo quanto se me ponía delante, y la primera vez que me vi á solas con la dueña: tú, la dixé, sin duda estarás ya disponiendo como darme bien que padecer; pero te advierto que no tengo mucha paciencia. Te haré todos los desayres que pueda, y te daré todas las mortificaciones que me sean posibles. Te declaro desde luego que tengo dentro de mi pecho una pasión que no serán capaces de arrancar todos tus consejos importunos, ni todas tus impertinentes advertencias. Sobre este pié deberás gobernarte, y tomar tus medidas como quisieres; lo que yo te puedo asegurar es, que no perdonaré á medio alguno para burlar tus desvelos y tu vigilancia. Al oír estas palabras, di-

chas

chas con la mayor entereza y con la mayor resolución, quando consentia en que la fruncida dueña me iba á espetar una grande arenga como por golpe de ensayo, veo que alisadas en parte las rugas, y con risueño semblante me responde de esta manera. Vos, señora, me habláis con una franqueza que me enamora y me encanta. Seria yo la muger mas ruin del mundo si no os correspondiera con la misma: veo que las dos hemos nacido la una para la otra. ¡Ah, bella Marcelina, y qué mal me conocéis, si haceis juicio de mí por el bien que ha dicho el señor Doctor vuestro esposo, ó por lo que manifiesta mi cara severa, desdeñosa y de pocos amigos! Nada ménos soy que enemiga de los placeres á que es tan inclinada la gente moza. Fínjome ministra de los maridos zelosos, para servir mejor y mas á mi salvo á las mugeres bien parecidas. Há mucho tiempo que poseo á la perfeccion el arte de enmascararme: así disfruto al mismo tiempo la comodidad del vicio y las conveniencias de la virtud. Hablando entre las dos: muchas personas de las que pasan en el mundo por virtuosas no lo son, ni lo quieren ser de otra manera. Cuesta mucho el fõndo de las virtudes, y así se contentan las tales con solas las apariencias.

Dexaos gobernar, prosiguió la dueña: vos y yo nos divertiremos bien á costa de la credulidad de nuestro señor Doctor. Yo prometo

que

que tendrá el mismo destino que el bueno y honrado boticario. No me parece que se debe respetar mas la frente de un Doctor en medicina que la de un boticario. ¡Quántas burlas hemos hecho á este pobre infeliz su difunta muger y yo! ¡Qué amable dama! ¡Qué bello natural! Dios la haya perdonado. Os aseguro que pasó alegremente su juventud. Tenia no sé quantos amantes, que yo misma los introducía en su casa, sin que jamas lo sospechase su marido. Miradme, pues, señora, con mejores ojos, y estad bien persuadida á que, por mucho talento que tuviese vuestro escudero para servirlos, nada habeis perdido en el trueque.

Figúrate tú, Diego mio, continuó Marcelina, el gusto con que oiria yo á la dueña quando me hablaba con aquella franqueza. Habiala tenido por muger de una virtud austera. Por aquí conocerás quan mal se juzga de las mugeres. Desde luego me ganó el corazon con su sinceridad, y la dí un estrechísimo abrazo, significándola lo mucho que me complacia de tenerla por mi guardia. Hicela despues entera y total confianza de la pasion que te tengo, y la rogué que quanto ántes dispusiese un secreto abocamiento contigo. Hizolo á maravilla. Desde la mañana siguiente puso en campaña á la vieja que te habló, diestrísima en el asunto, y como tal echaba mano de ella para el mismo empleo con la muger del boticario. Pero lo mas gracioso de esta aventura, añadió riéndose, es, <sup>sup</sup> que

que Melancia, asegurada por mí de que mi marido pasaba toda la noche durmiendo tranquilamente, ahora mismo está en la cama con él ocupando mi lugar. Pero señora, dixé á Marcelina, esa invencion no me agrada. Puede despertar y conocer el engaño. No hay peligro de eso, me respondió con precipitacion. Sosiégate, y no turbe un vano temor el gusto que debes tener de verte con una muger moza, y que te quiere bien.

A este tiempo comenzaron á dar fuertes golpes á la puerta de la calle. Asustéme grandemente, y Marcelina me escondió con la mayor prontitud baxo una mesa que estaba en la misma sala: apagó la lamparilla, y segun lo que habia acordado con la dueña en caso de algun contratiempo, se acercó á la puerta del quarto donde dormia su marido. Mientras tanto se redoblaban los golpes, que resonaban en toda la casa. Despertó el Médico sobresaltado, y llamó á Melancia. Esta saltó prontamente de la cama sin hablar palabra, y creyendo el Doctor que era su muger la gritaba que se volviese á ella porque no se resfriase. Melancia se arrimó hácia donde estaba su ama, y quando esta conoció que se hallaba cerca comenzó tambien á llamarla, y á decirla que fuese á ver quien golpeaba la puerta. Aquí estoy, señora, respondió la dueña, vuélvase Vmd. á la cama, que yo voy á ver quien es. Marcelina se desnudó boniticamente, y se acostó con su ma-

marido, al qual no le pasó por la imaginacion ni aun la menor sospecha del chasco que le habian pegado. Es verdad que la habian representado dos actrices, una de las quales era incomparable, y la otra tenia todas las prendas necesarias para llegar á serlo con el tiempo.

Poco tiempo despues se dexó ver la dueña en paños menores, con una vela en la mano, y dixo al Doctor: señor, habrá de tener Vmd. el trabajo de levantarse, porque el librero Fernando de Buendía, nuestro vecino, está con un insulto apoplético, y le llama á Vmd. para que vaya prontamente á socorrerle. Levantóse el Médico con la mayor presteza que pudo, salió, y Marcelina con la dueña, ámbas á medio vestir, vinieron donde yo estaba, y me sacaron de baxo de la mesa mas muerto que vivo. No temas, Diego, me dixo Marcelina, sosiégate, y vuelve en tí. Al mismo tiempo me refirió en dos palabras todo lo que habia pasado. Quiso despues que renovásemos la conversacion que se habia interrumpido; pero se opuso á ello Melancia, diciendo: señora, puede suceder que vuestro esposo encuentre ya muerto al librero, y que se vuelva luego. Además, que estando este pobre mozo tan lleno de sobresalto y de temor, ¿qué quereis hacer de él? No se halla capaz de manteneros conversacion. Mejor será dilatarlo para mañana. Vino Marcelina en ello, aunque muy contra su gusto, porque estimaba mas lo presente que lo futuro, y la dolia mu-

mucho malograr la ocasion de regalar á su marido con el nuevo título que ya le habia destinado.

Por lo que toca á mí, siendo ménos el sentimiento de estar privado de sus preciosos favores, que el deseo de verme quanto ántes fuera de tan imminente peligro, me volví á casa de mi maestro, donde pasé toda la noche pensando en mi aventura, y dudando si la noche siguiente volveria á tentar fortuna con mayor provision de ánimo y serenidad. Pero el diablo, que no duerme, y que ántes bien en semejantes ocasiones es mas dueño de nosotros, me representaba con la mayor viveza que seria un grandísimo mentecato si no seguia la caza quando estaba á lo mejor de ella, y al mismo tiempo me iba descubriendo en Marcelina nuevos atractivos, pintándome con vivísimos colores la dulzura de los gustos que me estaban esperando. Caí en el lazo, y determiné ir adelante con mi empeño. Tomada esta resolucion, la noche siguiente, entre diez y doce, me presenté á la puerta del Doctor. Era la noche muy obscura, y no se descubria ni una estrella. Comencé á miahullar dos ó tres veces para que conociesen que estaba en la calle, y como ninguno me respondia, me puse á remedar todos los miahullos de los gatos, que me habia enseñado un pastor de Olmedo. Hacíalo con tanta propiedad, que uno de los vecinos, que volvia á su casa, creyendo que verdaderamente era uno de los animales que



que remedaba, cogió un guijarro que por casualidad halló á sus pies, y me le disparó con tanta fuerza, diciendo *maldito sea el gato*, que dándome en la cabeza quedé aturrido un momento, y faltó poco para que no cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro visitó y reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas consecuencias, y se cerró ántes de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, la hiciese con algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para continuar el giro de toda España luego que me ví perfectamente curado.

## CAPITULO VIII.

*Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba remojando cortezas de pan en una fuente, y la conversacion que con él tuvieron.*

Contóme el señor Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron despues, pero todas de tan poca substancia, que no merecen la pena de referirlas. Sin embargo me ví obligado á oírse las contar, y en verdad no fué bre-

ve

ve la relacion. Ella duró hasta que llegamos á Puente Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa y nos asasen una liebre, despues de haber reconocido que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo ántes provisto la bota de un vino mediano, y las alforjas de algunos mendrugos, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á docientos pasos del camino muchos, grandes y copetudos árboles, que hacian una sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba remojando en una fuente algunas cortezas de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte de buena traza, y bien hecho. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con la misma cortesania. Presentónos luego sus cortezas remojadas, y con cierto ayre risueño y desenvuelto nos preguntó si éramos servidos. Aceptamos el convite en el mismo tono, mas con la condicion que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y

TOM. I.

DD

NO-